

Recuperar y fortalecer la fe de los padres para ser compartida en familia. La propuesta de una nueva Catequesis Bautismal para la Arquidiócesis de Santiago

CATALINA CERDA

Instituto Pastoral Apóstol Santiago

BORIS CARREÑO

Departamento de Catequesis del Arzobispado de Santiago



Introducción

En un número anterior de esta misma Revista¹, se presentaron algunos de los principales desafíos que la implementación de un proceso de iniciación cristiana como la Catequesis Bautismal implica actualmente en la Arquidiócesis de Santiago. En dicha ocasión, se pasó revista tanto al contexto en el cual hoy la socialización religiosa familiar acontece, así como algunos antecedentes de cómo se realiza en la actualidad esta catequesis en algunas de las comunidades de la Arquidiócesis. A la luz de lo anterior, se pudo reconocer que el principal desafío que un nuevo material para la Catequesis Bautismal de Santiago debía abordar decía relación con potenciar el rol de transmisión de la fe de los padres que, por diferentes motivos, llegan a celebrar el bautismo de sus hijos.

Orientados por estas primeras claridades, el equipo del Instituto Pastoral Apóstol Santiago (INPAS) y el Departamento de Catequesis de la Arquidiócesis de Santiago, han definido algunos fundamentos teológicos y catequísticos que actualmente guían el trabajo de redacción del nuevo material de Catequesis Bautismal para la Iglesia de Santiago. A continuación presentamos de manera más extensa los principales elementos que se han tenido en consideración y que fueron escuetamente enunciados al concluir el artículo anteriormente mencionado.

1. La donación de Dios y la fe del hombre como experiencia de encuentro

El núcleo de la fe cristiana es, sin lugar a dudas, la afirmación de que Dios ha salido al encuentro de Su creatura, y se ha manifestado al ser humano no solo para decir *algo* sino para entregarse a *Sí mismo*² en vistas a la comunión entre Él como Creador y su creatura. Dicha autodonación ha atravesado la historia humana, llegando a su plenitud en Jesucristo, por quien el mismo Dios se ha hecho uno de nosotros para compartirnos Su vida. En Él, Dios ha salido al encuentro de Su humanidad para revelarse de manera definitiva. Por tanto, la fe cristiana es fundamentalmente una relación de amor entre Dios y el ser humano.

Ahora bien, para ser un verdadero encuentro ello requiere de la respuesta por parte del ser humano, es decir, la fe. Así lo recuerda el Concilio Vaticano II cuando afirma que por la respuesta de fe «el hombre se confía libre y totalmente a Dios»³. Así, en la fe, la autodonación de Dios como oferta se transforma en una verdadera experiencia de *comunión*, donde Dios y el ser humano se donan mutuamente: «es justamente en la acogida humana donde la acción trascendente se hace acontecimiento de gracia y novedad histórica»⁴.

En ese sentido, el Bautismo es la celebración de este encuentro entre Dios que ofrece Su vida al ser humano y el hombre que, habiendo escuchado Su palabra, la acoge con fe en su vida como Buena Nueva. El bautismo entonces supone, celebra y profundiza la fe⁵ en cuanto acontecimiento de encuentro del hombre con Dios.

Por lo tanto, ya se puede constatar una primera conclusión para la catequesis bautismal: ella será significativa mientras posibilite el *encuentro*; por la fuerza del Espíritu, el catequista debe ser un mediador o testimonio del amor de Dios para con la humanidad y un facilitador para su recepción y respuesta positiva en la persona que participa de la catequesis. Así, la catequesis bautismal debe orientarse a configurar «acontecimientos comunitarios que mediante símbolos, ritos y palabras creen un espacio celebrativo que ayude a descubrir y acoger eficazmente la llamada, transformando la Presencia ya siempre entregada en encuentro eficazmente salvador»⁶.

2. Hijos en el Hijo: la filiación como experiencia fundante

Ahora bien, dicha comunión a la que nos referimos en el apartado anterior, es una relación íntima entre Creador y creatura, la cual tiene una cualidad particular: en el Hijo hemos sido hechos hijos muy amados de Dios⁷. Desde esta perspectiva, la Encarnación del Verbo en la persona de Jesús, su vida terrena y su vivencia del Misterio Pascual –en el cual el nuevo bautizado es insertado por la gracia del sacramento⁸- son la expresión culmen del proyecto *salvífico* de Dios para con su humanidad, entendiendo por ello no solo la remisión del pecado efectivamente cometido por el hombre, sino más profundamente, como experiencia de encuentro amoroso con Dios como Padre, origen y meta de la humanidad. Ello, pues en Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios, se da la total comunión entre Creador y creatura⁹, llevando a realidad aquello que para el ser humano ha sido inscrito como vocación: en Él, Dios y hombre se encuentran, de manera definitiva y totalmente volcada, referida el uno al otro, entablando, por gracia, una relación de Padre-Hijo que nos posibilita para reconocerlo y nombrarlo como *Abbá*. A través Suyo, Dios no solo nos ha regalado la salud definitiva, sino también la filiación.



Por ello, la Catequesis Bautismal debe ayudar a tomar conciencia, a experimentar, a gozar, a agradecer y a celebrar que con Dios tenemos una relación del todo particular. Por el inmenso amor que Él nos tiene hemos llegado a ser Sus hijos. Ello será especialmente fructífero si se realiza desde la propia experiencia de filiación, paternidad y/o maternidad que traen las familias que participan de la Catequesis Bautismal. A partir de su propia experiencia como hijos(as) y como padres o madres –una experiencia por cierto siempre limitada y, por tanto, tan solo análoga a la experiencia de paternidad de Dios– es posible saborear y comprender el inmenso don recibido en Jesucristo. Y que es fundamentalmente este regalo –el saberse hijos muy amados de Dios (cfr. Mc 1, 9-11)- el que quieren compartir con sus hijos al celebrar su Bautismo.

3. La acción redentora de Dios por la muerte y resurrección de su Hijo

Una de las cuestiones que nos llamó la atención al recoger las motivaciones con las que las familias llegan a pedir el Bautismo, fue el deseo de protección, la

confianza en que Dios protege del mal y de la enfermedad. En ese sentido, nos parece especialmente importante no olvidar este aspecto del Misterio Pascual y del Bautismo, dándole su lugar apropiado a la luz de lo afirmado anteriormente.

Hemos dicho ya que la Encarnación del Verbo en la persona de Jesús, toda su vida y Su vivencia del Misterio Pascual son la expresión culmen del proyecto *salvífico* de Dios para con su humanidad; y que dicho proyecto apunta principalmente a la experiencia de encuentro amoroso del ser humano con Dios como Padre. Sin embargo, es importante no olvidar también el carácter redentor que dicho acontecimiento significa para la humanidad, en un doble sentido.

Primero, porque la condición creatural del ser humano, finita por definición, ha sido elevada a una condición nueva, por gracia: la divina, la comunión de vida con Dios. Por ello, la muerte ha sido definitivamente vencida, pues por la Resurrección del Hijo somos partícipes de la Vida Eterna.

Pero además, sabemos que el pecado ha entrado en la historia por acción humana y ha dañado la relación originaria del ser humano con Dios. En este sentido, el pecado debe ser entendido como rechazo a la oferta amorosa de Dios o una experiencia de *desencuentro* con Él. Es por ello que el Misterio Pascual es constitutivamente redentor: pues recompone, reconstruye la relación dañada por la respuesta negativa del ser humano, abriendo nuevamente la posibilidad de que dicha experiencia de encuentro pleno entre Dios y el hombre sea experimentado por todo aquel que quiera recibirlo y vivirlo.

En este sentido, el Bautismo comporta una acción redentora y protectora del neófito. El niño recién bautizado es sanado de las consecuencias de la muerte y del pecado que trae consigo desde el momento de nacer. Pero también el Bautismo es el reconocimiento de la acción protectora de Dios quien por amor nos cuida del mal no solo moral, sino también físico¹⁰.

El cristiano, por tanto, está llamado a confiarse en la acción salvadora de Dios, quien acompaña con amor a cada uno de sus hijos. Evidentemente ello debe ser comprendido, y transmitido, en clave escatológica. Es decir, como la esperanza en la fe de que la muerte ha sido vencida, y que todo mal, todo dolor, incluso toda muerte, es pasajera, pues Jesucristo nos ha abierto la posibilidad a una nueva vida más plena. En ese sentido, la acción redentora de Dios en nuestras vidas no debe ser comprendida como la ausencia definitiva de enfermedad, de ruptura, o inclu-

so de pecado. Pero sí como una certeza en la fe de que la historia no acaba allí, de que el horizonte del cristiano es más amplio y que la “batalla” contra el mal y el dolor no la damos solos, sino de la mano del Señor.

Así, la Catequesis Bautismal debe recoger las motivaciones de protección y sanación que traen muchas de las familias que participan de ella, fortaleciendo el sentido propiamente cristiano de la esperanza y la confianza en Dios, evitando así caer en experiencias en relación al mal de tipo más bien “mágico”.

4. El sacramento del bautismo: celebración de la vida nueva en Cristo

Dado que Dios mismo ha querido revelarse a través de su creación, la teología cristiana ha podido concluir que el mundo y la historia humana adquieren, por voluntad divina, un carácter sacramental, es decir, son capaces de ser testigos visibles y signos elocuentes de la acción amorosa de Dios salvador. Ello hace posible, a su vez, la sacramentalidad de la Iglesia y de las celebraciones sacramentales propiamente tal. Por ello, el Concilio Vaticano II ha afirmado que «La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano»¹¹.

Ahora bien, en el origen de las comunidades cristianas, la palabra *sacramentum*, que traduce el original griego *mysterion*, hace referencia primeramente a la totalidad del acontecimiento salvífico realizado en Jesucristo¹², el cual lleva a su culmen la acción salvadora de Dios a lo largo de toda la historia. Recordar esta acepción original nos permite mantener a la vista que los sacramentos (como instituciones litúrgicas actuales) apuntan, recuerdan, rememoran y vuelven a hacer eficaz en el hoy la acción salvífica de Jesucristo. Así, la gracia sacramental celebrada en cada uno de los sacramentos no es otra que la gracia acontecida en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo de la cual somos partícipes a través de los siete sacramentos de la Iglesia (no únicamente, pero sí de manera especialmente visible).

En el caso particular de los sacramentos de iniciación cristiana (SIC), ellos se comprenden como un proceso que implica un “paso” desde una situación previa a una nueva que es expresión de la acción salvífica de Dios en Jesucristo. Así, la iniciación cristiana supone una “conversión”, un cambio radical en la existencia

del ser humano: un tornarse de manera más definitiva a Dios para recibir y responder, de forma libre y consciente, a la donación que Dios ha hecho de sí mismo a cada uno de nosotros.



En el Bautismo, el centro de la celebración sacramental está puesto en la nueva vida que es ofrecida por Dios a cada una de sus creaturas. Tal como se ha recordado anteriormente, el Señor nos invita a participar del Misterio Pascual de Jesucristo¹³, a través del cual somos hechos hijos muy amados en el Hijo, limpiándonos además de aquello que impide la relación plena con Dios: el pecado. Por ello, la simbólica fundamental del sacramento es el agua, como signo de vida y, a la vez, de purificación¹⁴. Se recoge así, además, la perspectiva del ser humano como ser simbólico, lo que sustenta antropológicamente la experiencia de los sacramentos cristianos.

Por último, valga mencionar que el bautismo, como rito de iniciación, implica además pasar a formar parte de una comunidad, lo que le da también un fuerte sentido de *pertenencia*. Ello supone la necesidad de contar con un proceso de transmisión de las creencias y contenidos compartidos por dicha comunidad, lo que comúnmente se denomina “iniciación a los misterios” (*mystagogia*).

5. Transmisión y educación de la fe en la familia

Ahora bien, es importante recordar que, en este caso, estamos hablando de una Catequesis Bautismal de infantes, es decir, de bebés o niños muy pequeños; y que para el niño pequeño, la primera comunidad vital de la que recibe (o no) el anuncio es, sin duda, su familia. En ella las personas reciben la primera revelación no temática del amor y de la donación; es en la familia donde uno aprende lo que significa ser amado sin condiciones, a ser acompañado en la realidad de lo que uno es, a experimentar el amor y el cariño como aquello que adviene siempre como un don¹⁵. Por ello, la experiencia de paternidad/maternidad y filiación humana es una de las expresiones más nítidas del amor de Dios por su creatura, tal como esta fue recordada anteriormente. En ese sentido, el amor de los padres a sus hijos –ya sean biológicos o quienes hayan ejercido ese rol, por ejemplo, padres adoptivos, abuelos, tíos, entre otras posibilidades- son la primera expresión de amor de Dios para con el niño que está por ser bautizado. «Al hacerse padres, los esposos reciben de Dios el don de una nueva responsabilidad. Su amor paterno está llamado a ser para los hijos el signo visible del mismo amor de Dios, “del que proviene toda paternidad en el cielo y en la tierra” (Ef 3, 15)»¹⁶.

Ahora bien, dentro de una familia cristiana, es también esperable que en ella los hijos puedan recibir el anuncio explícito del amor más pleno de Dios en sus vidas. Los padres compartirán con sus hijos, por desborde de gratitud y alegría, como sabiamente sintetiza Aparecida¹⁷, el don del amor recibido de Dios, el cual por su propia belleza buscará ser compartido y vivido con quienes más se ama: la familia. Es por ello que la Iglesia reconoce en la familia a la primera “iglesia doméstica”, en la cual se anuncia, en la vida cotidiana, en el caminar de cada día, en las prácticas y forma de relacionarse, el amor de Dios.

En virtud del ministerio de la educación los padres, mediante el testimonio de su vida, son los primeros mensajeros del Evangelio ante los hijos. Es más, rezando con los hijos, dedicándose con ellos a la lectura de la Palabra de Dios e introduciéndolos en la intimidad del Cuerpo –eucarístico y eclesial– de Cristo mediante la iniciación cristiana, llegan a ser plenamente padres, es decir, engendrados no solo de la vida corporal, sino también de aquella que, mediante la renovación del Espíritu, brota de la Cruz y Resurrección de Cristo¹⁸.

Ahora bien, tal como hemos visto en otro momento¹⁹, dicho proceso de transmisión hoy se ve desafiado por nuevos contextos más seculares, más abiertos y más heterogéneos que establecen nuevos desafíos al rol performativo de la familia. Sabemos que la función transmisora de la fe hoy se ha visto debilitada por la dificultad que tienen los padres de tener ellos mismos una sincera y profunda experiencia de fe, lo que, por cierto, hace más complejo el poder transmitirla a aquellos con quienes se comparte la vida. Pero además, porque el contexto socio-cultural actual tiende a invisibilizar la cuestión religiosa, lo que profundiza la anterior dificultad.

Por ello, creemos la Iglesia tiene aquí una tarea mediadora fundamental: ella debiese ponerse al servicio del rol evangelizador de padres y adultos significativos, siendo, primero que todo, un lugar donde ellos puedan volver a encontrarse con el Dios de la Vida, nutrir su fe para, desde allí, compartirla con quienes más aman. La comunidad eclesial debe ser ese lugar donde las personas puedan encontrarse consigo mismos, con otros hermanos en la fe y, principalmente, con el Señor.

6. Catequesis bautismal de adultos para acompañar la fe de los niños

Creemos, en ese sentido, que a través de la Catequesis Bautismal, la Iglesia puede ejercer un rol formativo importante, provocando, en primer lugar, la opor-

tunidad para que aquellos padres o familiares que llegan a pedir el bautismo de sus hijos, puedan afrontar su propia experiencia de fe de manera más madura: creemos que, dado lo dicho anteriormente, la Catequesis Bautismal debe ser un lugar para que padres y adultos significativos tengan la oportunidad de preguntarse por su experiencia de fe, cómo es ella, cómo está, y cómo desean transmitirla. Queremos que ellos tengan la oportunidad de estar cara a cara ante el Señor, volver a dialogar con Él, y profundizar primero la relación que ellos tienen con Dios. Y, de este modo, puedan –volver a– sentirse Iglesia que vive y anuncia su fe. Solo así los padres y adultos significativos que vienen a pedir el bautismo de sus niños podrán ser testigos del amor de Dios y de la relación que, esperamos, los niños puedan establecer con Él a medida que crecen.

El hogar debe seguir siendo el lugar donde se enseñe a percibir las razones y la hermosura de la fe, a rezar y a servir al prójimo. Esto comienza en el bautismo, donde, como decía san Agustín, las madres que llevan a sus hijos «cooperan con el parto santo» (*De sancta virginitate*, 7, 7: PL 40, 400). Después comienza el camino del crecimiento de esa vida nueva. La fe es don de Dios, recibido en el bautismo, y no es el resultado de una acción humana, pero los padres son instrumentos de Dios para su maduración y desarrollo [...]. La transmisión de la fe supone que los padres vivan la experiencia real de confiar en Dios, de buscarlo, de necesitarlo, porque solo de ese modo «una generación pondera tus obras a la otra, y le cuenta tus hazañas» (Sal 144,4) y «el padre enseña a sus hijos tu fidelidad» (Is 38,19)²⁰.

Sobre la base de ello, la Catequesis Bautismal deberá enfocarse entonces en acompañar y dar herramientas a los padres para el ejercicio de su rol evangelizador al interior de la familia. Rol que no es una “tarea”, como si esta fuera impuesta externamente, sino que surge como fruto de la vivencia de la fe al interior de la familia, no solo en la participación cultural, sino en los distintos espectros de su vida cotidiana. «Puesto que el bautismo de niños es el punto de partida, no el fin, de la iniciación, debe considerarse como principio desencadenante y exigitivo de continuidad iniciadora. Su verdad plena dependerá más de lo que sigue que de lo que lo precede»²¹.

Dicha fe que busca ser compartida en la vida familiar está supuesta en la celebración del bautismo de infantes y es requisito para su fructífero despliegue, tal como el mismo ritual lo recuerda al inicio de la celebración:

Al pedir el Bautismo para su hijo, ¿saben que se obligan a educarlo en la fe?
Y ustedes padrinos, ¿están dispuestos a ayudar a los padres en esta tarea?²²

Por ello, concluimos esta reflexión reconociendo que la Catequesis Bautismal para el bautismo de infantes es una catequesis de adultos en vistas, principalmente, al acompañamiento que ellos realizarán para el nacimiento y crecimiento de la fe de sus hijos. Ello comporta ciertas opciones de contenido y sobre todo metodológicas que permitan no solo reforzar ciertas perspectivas teológicas fundamentales, sino sobre todo, como ya decíamos, volver a despertar en los padres el deseo de la relación religiosa con Dios y la motivación a compartir dicha experiencia con sus hijos a lo largo de su crecimiento²³.

NOTAS

1. Cfr. CERDA, C., “Potenciar la transmisión familiar de la fe en tiempos de cambio. Algunos desafíos actuales para la Catequesis Bautismal y pistas para abordarlos”, en: *Revista Católica* 1.193 (enero/marzo, 2017).
2. Cfr. CONCILIO VATICANO II, “Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación Dei Verbum”, en *Documentos del Vaticano II: constituciones, decretos, declaraciones* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1965), 2.; RAHNER, K., *Curso fundamental de la fe*, (Herder Barcelona, 1979), Grado cuarto, p. 149.
3. CONCILIO VATICANO II, “Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación Dei Verbum”, 5.
4. TORRES QUEIRUGA, A., “Los sacramentos: acontecimiento real versus simbolismo vacío o magia oculta”, *Selecciones de teología* 53, n° 206 (2013): 121.
5. Cfr. Mc 16, 16 e Iglesia Católica, *Catecismo de la Iglesia Católica* (Santafe de Bogotá: San Pablo, 2000), 1253.
6. QUEIRUGA, “Los sacramentos”, 121.
7. Cfr. Mc 1, 11 e IGLESIA CATÓLICA, *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1223–25.
8. Cfr. Rm 6, 3–4 e IGLESIA CATÓLICA, *Catecismo de la Iglesia Católica* (Santafe de Bogotá: San Pablo, 2000), 1227.
9. “Las ocasionales designaciones del Logos como criatura en Col 1,15 y Prov 8,22–25 no pueden ser entendidas en el sentido de una creación de la nada. Se expresa aquí, en sentido trasladado, la procesión del Hijo y su generación arquetípica en virtud de la voluntad del Padre” [MÜLLER, G. L., *Dogmática, Teoría y práctica de la teología* (Barcelona: Herder, 2009), 443].
10. Cfr. RICOEUR, P., *Finitud y culpabilidad* (Madrid: Trotta, 2011).
11. CONCILIO VATICANO II, “Constitución Dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium”, en *Documentos del Vaticano II: constituciones, decretos, declaraciones* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1965), 1.

12. Cfr. HAMMAN, A. G., *El bautismo y la confirmación* (Barcelona: Herder, 1977), 200.
13. Cfr. Rom 6, 4; Col 2, 12; Gal 3,27.
14. También lo son, por cierto, la luz, las vestimentas blancas y los óleos, todos ellos símbolos alusivos a la nueva vida en Cristo.
15. Evidentemente lo dicho hasta aquí es una expresión de aquello que se desea y espera que sea la experiencia familiar; sabemos que ninguna persona ni familia es perfecta, y que dicha experiencia de amor muchas veces se da entrecruzada de experiencias de ruptura, de dolor, de abandono; con todo, ello no niega la vocación fundamental de los padres a amar y ser testigos del amor, lo cual puede ser recordado y retomado en una experiencia como la Catequesis Bautismal.
16. JUAN PABLO II, *Familiaris consortio: exhortación apostólica sobre la misión de la familia en el mundo actual* (Santiago, Chile: Ediciones Paulinas, 1992), 22.
17. Cfr. Conferencia Episcopal Latinoamericana y del Caribe (CELAM), *Documento conclusivo V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Aparecida* (Santiago, Chile: Conferencia Episcopal de Chile, 2007), 14.
18. JUAN PABLO II, *Familiaris consortio*, 39.
19. Cfr. CERDA, C., “Potenciar la transmisión familiar de la fe en tiempos de cambio. Algunos desafíos actuales para la Catequesis Bautismal y pistas para abordarlos”, en: *Revista Católica* 1.193 (enero/marzo, 2017).
20. FRANCISCO, Papa, *Amoris laetitia: sobre el amor en la familia : exhortación apostólica de S.S. Francisco*. (Santiago, Chile: Ediciones UC, 2016), 287.
21. BOROBIO, D., “Bautismo en tiempos de pluralismo”, *Phase* 281 (1997): 107. “El *opus operatum* afirma la seguridad objetiva de la Presencia salvadora, que solo puede “realizarse” en el acogimiento subjetivo [...]. El bautismo de los niños debe interpretarse a esta luz como derivación excepcional: no transformación “mágica” en ellos, sino gracia en la familia y la comunidad, como lugares donde al crecer puedan ir descubriendo y viviendo su filiación” (QUEIRUGA, “Los sacramentos”, 123.).
22. IGLESIA CATÓLICA, *Ritual conjunto: celebración del Bautismo, celebración del Matrimonio, Eucaristía fuera de la misa* (Santiago, Chile: San Pablo, 1995).
23. “Por su naturaleza misma, el Bautismo de niños exige un catecumenado postbautismal. No se trata sólo de la necesidad de una instrucción posterior al Bautismo, sino del desarrollo necesario de la gracia bautismal en el crecimiento de la persona. Es el momento propio de la catequesis” (IGLESIA CATÓLICA, *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1231.).